

SI NO QUIERE AHOGARSE HABRÁ DE OPTAR POR UNO DE LOS SALVAVIDAS

NO MÁS DIFUNTOS

CUENTO FANTÁSTICO, CÓMICO-FILOSÓFICO, PUESTO EN ACCIÓN, CON PARLAMENTOS Y PELÍCULAS CINEMATOGRAFICAS

ORIGINAL DE

Alberto de Sicilia Llanas

INSPIRADO EN «LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS», DEL MISMO AUTOR

II Y ÚLTIMO

CUADRO VI

A los diez minutos visita Lisardo IV á la *pobre viuda*, que, al recuerdo de su esposo *idolatrado*, *inolvidable* y *angelical*, vierte sobre la marcha torrentes de lágrimas. Terminados los sollozos, propone Lisardo el contrato de la resurrección por la cantidad de cinco mil pesetas, *precio fijo*.

La pobre viuda, dirigiendo á lo alto su mirada, rompe á llorar de nuevo; pero en tan gran cantidad que ya no son torrentes, sino verdaderos Mississipis los que se desbordan de sus ojos.

Cinco minutos cabales dura el desbordamiento dedicado á la memoria del inolvidable esposo.

—Contenga usted su desesperación, señora, vístase usted con el mismo traje que sirvió para su

boda, busque usted sus mejores alhajas y prepare usted las cinco mil pesetas.

Tampoco pudo esta vez contestar la pobre viuda. —¿Teme usted tal vez, señora, que sea yo un soñador ó que trate de sorprenderla y engañarla?

—No, señor; no, señor; en su cara puedo leer claramente que es usted hombre de bien.

—Hijo de mi padre, señora.

—¡Sí, señor; sí, señor!

—¡Muchas gracias!

—¿Sabe usted lo que hay, caballero?

—Diga usted, señora, diga usted.

—Que... que... en los cinco años de mi matrimonio me acostumbré de tal modo á las caricias de mi señor esposo (q. e. p. d.) que desde el día de nuestra separación era para mí insoportable la vida y...

—Continúe usted, señora, continúe usted, ¡por Dios!

(Con gran decisión.)

—...Que como he dado ya mi palabra y he abierto mi corazón á un primo carnal de mi inolvidable esposo, mañana, á las ocho y cuarto, me caso con el primo.

(Levantándose súbitamente.)

—A los pies de usted, señora, y que aproveche.

—Vaya usted con Dios, caballero, y usted dispense.

—¡No hay de qué!

CUADRO VII

Lisardo IV y el hijo del mejor de los padres.

L.—¡Con su permiso, desgraciado hijo!

H.—¡Adelante, adelante!

L.—Dispénsame usted, caballero, y estoy seguro de que me dispensará cuando le manifieste el objeto de mi visita.

H.—Hágame el obsequio, joven, de despachar cuanto antes, porque me encuentro de un humor insoportable.

L.—¡Se comprende, se comprende!

H.—¿Qué dice usted?

L.—Que se comprende que la muerte de su bondadosísimo padre le amargue á usted la vida y esta amargura le produzca á usted el mal humor.

H.—Pero á usted ¿qué se le ofrece?

L.—Brindarle á usted la resurrección de su padre.

H.—¿Qué dice usted?



—¡Muy hondo está lo que tu mente fragua y ya vamos teniendo mala pata! Y cree, querido, que la gente trata de que nos abogue el agua.

EN VALLVIDRERA.—Después de *L'Aplech de la Sardana*

L.—Que tengo en mi poder un talismán milagroso para resucitar instantáneamente personas y animales de uno y otro sexo.

H.—Ya le he dicho que estoy de mal humor.

L.—Yo le repito que instantáneamente ahuyentaré todos sus pesares, porque devolveré á usted su dicha y su bienestar resucitando á su señor padre. Indudablemente le he encontrado á usted tan triste porque estaría usted pensando en su señor papá.

H.—¡No, señor! ¡No, señor! Si estoy de un humor de mil demonios es porque esta noche he perdido en el juego mi última peseta, el producto entero de la venta del panteón donde he tenido enterrado á mi señor padre hasta ahora.

L.—(Levantándose tan súbitamente como en el final de la escena anterior.)

Beso á usted la mano y aliviarse.

H.—¡Y vaya usted con Dios!



La Colla del Arrós



La manifestación anticlerical de Tarrasa

(Fot. de F. Estruch.)

CUADRO VIII

En vista de estos resultados mandó insertar en el diario de la localidad el anuncio siguiente:

NO MÁS DIFUNTOS

RESURRECCIÓN INSTANTÁNEA É INFALIBLE DE CADA-
VERES DE PERSONAS Y ANIMALES DE AMBOS SEXOS
A LOS PRECIOS SIGUIENTES

Novios ó novias	6000 Ptas.
Padres, madres, hijos ó hijas	5000 »
Hermanos ó hermanas	4000 »
Abuelos, abuelas, nietos ó nietas	3000 »
Tíos, tías, sobrinos ó sobrinas	2000 »
Hermanos ó hermanas políticos	1000 »
Primos ó primas carnales	500 »
Hermanos de leche	100 »
Suegros y suegras	5 »
Animales á precios convencionales.	

A los que encarguen resurrecciones por más de 10,000 pesetas se les resucitará un primo gratis.

La mitad del importe se paga por adelantado y la otra mitad á la presentación del difunto.

El anuncio sí, señor, ya se insertó, y se insertó en lugar preferente y en letras de gran tamaño y ocupando página entera.

Pero transcurrió el día entero sin que se presentara un solo parroquiano.

En la mañana del día siguiente compareció una anciana que por la resurrección de un gato negro pagó cinco pesetas.

Por la tarde se presentó una señora, que pagó diez pesetas por la resurrección de un lorito.

Y así sucesiva y paulatinamente.

Y transcurrieron dos semanas sin que se solicitaran resurrecciones de caballeros, ni señoras, ni señoritos, ni señoritas.

Las resurrecciones de perros, gatos, ardillas, loritos, canarios y algún caballo y también de dos ó tres vacas y algún asno iban proporcionando á Lisardo IV lo necesario para vivir con algún desahogo y nada más.

No se cumplía lo que la caña de modo terminante ofrecía: «Ganarás con mi auxilio cuanto dinero apetezcas.»

Ya casi desesperado, el joven resucita-muertos había decidido anunciarse de nuevo con gran rebaja de precio, «sólo por ocho días», cuando frenética y azorada, antes de que el día amaneciera, llamó á la puerta de Lisardo IV la flamante viuda del señor marqués de X.

Después de los cumplidos reglamentarios, la señora, reciente marquesa, preguntó al joven si era él en persona el resucita-muertos.

—Servidor de usted, señora; á estas horas he resucitado animales solamente; pero si usted lo desea, antes de cinco minutos resucitaré todos los maridos que pueda usted haber mandado al otro mundo.

—No es esto, no es esto, caballero. No se trata de resucitar, sino de todo lo contrario. Mi marido, mi tercer marido, *ha pasado á mejor vida* esta madrugada y yo confío que, Dios mediante, los dos descansaremos en paz en adelante, él en el otro mundo y yo en este.

—Diga usted, diga usted, señora marquesa.

—¿Estamos aquí completamente solos, caballero?

—Puede usted hablar sin temor, porque la muchacha tiene su dormitorio en la boardilla.

Escogieron una piedra entre el lastre y se la ataron á los pies á Gialluca.

Massacese dijo:

—¡Arriba!

Alzaron el cadáver hasta la altura del sobrepuesto y pasó por encima. Volvióse á cerrar el hervidero de agua: descendió el cuerpo con oscilación lenta y desapareció por fin.

Volvieron á proa los marineros, esperando el impulso del viento. Fumaban en silencio. A cada momento hacía un gesto inconsciente Massacese, como hombre que reflexiona.

Levantóse el viento. Palpitaban las velas un segundo y se hincharon. La *Trinidad* emprendió el camino de Solta. Después de dos horas dobló el canal. La luna iluminaba la orilla. El mar estaba casi tranquilo como un lago. Dos buques salían del puerto de Spalatro, en dirección contraria. Las tripulaciones cantaban.

Al oír la canción, dijo Cirú:

—¡Calla! Son de Pescara.

Y al ver las figuras y cifras de las velas, dijo Ferrante:

—Son los buques de Raimundo Callare.

Y les dió una voz

Con grandes clamores le contestaron sus paisanos.

Un barco iba cargado de higos secos y el otro de borriquillos.

Cuando éste llegó á pocas brazas de la *Trinidad* se saludaron unos á otros.

Una voz gritó:

—¡Eh, Cirú! ¿Dónde está Gialluca?

Massacese contestó:

—Se nos ha caído al mar cuando la tormenta. Decídselo á su madre.

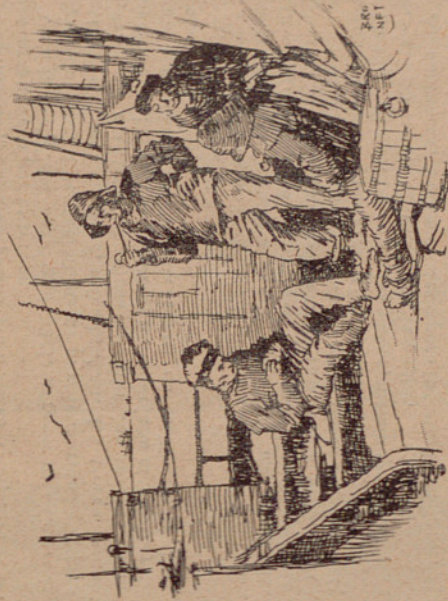
Varias exclamaciones salieron del barco cargado de borricos. Después se despidieron unos de otros.

—¡Adiós, adiós! ¡Hasta Pescara! ¡Hasta Pescara!

Y al alejarse, siguieron cantando las tripulaciones á la luz de la luna.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

Y los demás marineros, sin dejar su puesto, empezaron á discutir sobre los remedios en alta voz, casi gritando, para dominar el estruendo de la borrasca. Se animaban; cada uno tenía su método. Si hubieran sido médicos no hubieran



discutido con más aplomo. La discusión les hacía olvidar el peligro.

Dos años antes Massacese había asistido á una operación hecha en caso análogo por un médico de veras á Juan Margadonna en el costado. El médico había cortado, y después, para quemar la llaga, la había frotado con pedazos de madera empapados en líquido humeante; por fin, con una especie de cuchara había quitado la carne quemada, que parecía poso de café. Margadonna se había salvado.

Massacese se exaltaba; repetía como un cirujano que no tiene compasión de nadie:

—¡Hay que cortar! ¡Hay que cortar!

Y señalando al enfermo con la mano, hacía ademán de cortar.

Cirú se mostró conforme con Massacese. Los dos Talamonte se adhirieron á aquella opinión. Ferrante La Selvi

sacudía la cabeza. Por fin, Cirú se lo propuso á Gialluca; pero éste no quería consentirlo. Y Cirú exclamó con brutal atrebato que no pudo dominar.

—Bueno, pues muérete!

Gialluca se puso más pálido y miró á su compañero con ojos agrandados por el terror.

Cafía la noche. La oscuridad hacía parecer más fuerte el rugido del mar. Las olas, al pasar por la claridad que proyectaba el farol de proa, relumbraban. La tierra estaba lejos. Para resistir á los golpes de mar los marineros se agarraban á las cuerdas. Ferrante manejaba el timón y de cuando en cuando daba una orden en medio de la tempestad.

—¡Baja, Gialluca!

Pero á Gialluca no le dejaba bajar un extraño horror á la soledad, aunque la enfermedad le tenía muy molesto. También se agarraba él á las cuerdas, apretados los dientes por el dolor. Cada vez que llegaba una gran oleada bajaban los marineros la cabeza y lanzaban un grito todos á un tiempo, como los obreros que al trabajar aunan los esfuerzos.

La luna, al salir de entre las nubes, disminuyó el horror. Pero el mar siguió agitado toda la noche.

Al amanecer, Gialluca, desesperado, dijo á los compañeros:

—¡Cortadi!

Al principio, todos se pusieron gravemente de acuerdo, celebrando una especie de consulta. Después examinaron el tumor, que era ya tan grande como el puño. Las escaras, que antes parecían un avispero ó una criba, formaban una sola úlcera.

Massacese dijo:

—¡Vamos, ánimo!

El tenía que hacer de cirujano. Probó en la uña el filo de los cuchillos y acabó por escoger el de Talamonte el mayor, que estaba recién amolado.

Y repitió:

—¡Vamos, valor!

A él y á todos los sacudía impaciente temblor.

Y aparecía abrumado por estupor profundo el enfermo: fija la mirada en el cuchillo, la boca á medio abrir, colgan-

piernas. Instintivamente, al hacer los funebres preparativos miraban alrededor. No había vela alguna á la vista. Después de la tormenta el Adriático ostentaba igual y ancha ondulación. En el fondo se divisaba la isla de Solta, completamente azul.

Massacese dijo:

—¡Atémose una piedra.



—Pues es el caso que el difunto no podía verme ni en pintura y yo no le podía ver de ningún modo.

—Siga usted, siga usted.

—Y yo, de acuerdo con el notario, hemos arreglado las cosas de modo que, según el testamento del señor marqués, otorgado *in artículo mortis*, resulto heredera de su inmensa fortuna.

—¡Ya lo entiendo! ¡Ya lo entiendo! Y ahora teme usted que los parientes de su difunto esposo acudan á esta casa para solicitar la resurrección.

—Este es mi temor y el objeto de mi visita es suplicarle que no les atienda usted de ningún modo, me firme usted el compromiso de dejar en paz al difunto y yo abonaré á usted en el acto el doble de la tarifa; es decir, la cantidad de diez mil pesetas.

—¡Negocio cerrado, señora marquesa! Vengan los dos mil dures; yo firmaré el compromiso y juro á usted que el señor marqués (q. e. p. d.) no resucitará hasta el día del juicio.

¡Y así fué!

Y la señora marquesa comunicó el secreto á sus amigas íntimas. Y éstas á las suyas. Y las parroquianas acudieron por miles, solicitando todas *no resurrecciones*. Y el resucitar-muertos pudo reunir cuanto dinero apeteció.

(Se autoriza la reproducción consignando la procedencia. Se prohíbe la representación sin permiso de su autor.)



LA SOMBRA DE FERRER

—¡En vano te agitas y vociferas! ¡No te dejaré medrar!

LA LEY DEL CANDADO

Mi señor de Canalejas:
Con esa *ley del candado*
ni aplaca usted nuestras quejas
ni nada habremos logrado,
pues desde el *golfo* hasta el rey
saben, ó yo lo rec-lo,
que el tal proyecto de ley
es un insigne camelo
que usted nos pretende dar,
con sobra de picardía,
por ver si puede engañar
á la incauta galería.

Pero á tiempo, por fortuna,
le hemos conocido el juego
y ya no hay forma ninguna
de que nos tire usted el pego.

El público, que está alerta,
ha podido averiguar
que, aun con candado, la puerta
se queda de par en par.

Esto le dará á usted fama
de hombre listo en toda Europa,
porque eso es lo que se llama
nadar y guardar la ropa.

Esto es en esta ocasión,
mi querido don José,
dar un timo á la opinión,
que confiaba en usted.

Siga usted, pues, adelante,
probando al que queda atrás
que ha salido usted un farsante
como todos los demás.

Persista usted, don José,
en su proceder aciago,
que pronto encontrará usted
alguno que le dé el pago.

Sirva usted al mallorquín
y aplauda usted á Lacierva
¡y verá usted lo que al fin
el destino le reserva!

Vengan conventos á cientos,
que aun hay pocos, ¡voto á San! ...
¡y verá usted los conventos
el pago que á usted le dan!

Deje usted ese proyecto
porque es cosa averiguada
que aunque lo lleve usted á efecto
no ha de servir para nada.

Yo juzgo más acertado
y más prudente, en rigor,
que ponga usted el candado
en otro sitio mejor,
y se evitará con esto,

entre otros mayores daños, el que aumente el presupuesto un pico todos los años.

Adelante, y venga, pues, tan sabia resolución, que todo lo demás es gana de conversación.

MANUEL SORIANO.

EL VERANEEO

El mes de Julio coloca inexorable sobre el tapete, entre las familias que tienen cuatro cuartos y las que lo aparentan sin tenerlos, un problema, un problema que no tiene vuelta de hoja: el del veraneo.

—Anatolio, ¿has pensado ya á dónde vamos á ir este año? Por que las niñas se están quedando como anchoas y la *Cristeta* tiene el cuello lleno de sarpullido.

—Iremos á Caldas, como el año pasado.

—¿A la fonda de aquella señora de los bigotes? De ningún modo; siempre que me hablaba me parecía tener delante á mi tío el coronel, que en paz descanse. Hasta olía á tabaco, como él. No, no quiero recordar cosas tristes.

—Pues nos trataban muy bien; casi todos los jueves nos daban puré de guisantes.

—Sin embargo, conviene variar. Las de Jollons se van este año á San Hilario. ¿Por qué no vamos allí?

—Porque cuesta un sentido y, además, yo no tengo mal de piedra, como su marido.

—¿Qué lástima! Creo que va un hijo... La de Rubinat, que estuvo allí el año pasado, dice que gastó en planchadora un dineral. Su marido se mudaba de cuello dos veces por semana.

—Déjame de estas tonterías de balneario francés; yo quiero estar con libertad. Andar con camiseta y alpargatas y donde menos gente haya.

—Tú siempre has sido un ordinariote. Ya me lo decía mi pobrecita madre: «Ese chico no es fino, ni puede serlo; lleva botas con elásticos y le gusta el *ali-oli*». ¡Qué bien te conocía! El verano, que es un manantial de relaciones para todo el mundo, para nosotros pasa inútilmente; fuera de aquella viuda de La Bisbal que conocimos en Canet y que estuvo por Navidad á pedirme tres pesetas, no hemos hecho más relaciones en tres años de veraneo. Y esto no puede seguir así, Apolonio; nuestras hijas son ya unas mujercitas, y la *Cristeta* necesita casarse pronto, y no las podemos sepultar en un desierto. Tenemos que ir donde haya gente y, sobre todo, jóvenes, porque los trajes de percal y la temperatura á 42 grados hacen muchos matrimonios.

Y, quieras que no, don Apolonio ha tenido que llevar á su señora y á las niñas á la Puda, donde

hay una colección de jóvenes elegantes que espanta, se baila el *vals de los apaches* los miércoles, se juega á la rana todos los sábados y los lunes sirven croquetas y granizado de manzana.

Otras familias, como la de don Ladislao, fabricante de percalinas y artículos para forros, no dejan á Barcelona por nada del mundo.

—Yo no sé—dice su señora—cómo hay gentes que tienen el valor de dejar sus casas y marcharse á padecer por esos pueblos y fonduchos. Sin moverse de Barcelona hay aquí de todo lo que Dios crió. ¿Quiere usted un sol africano? Pues se va usted á las doce á la plaza de Cataluña. ¿Quiere usted hacerse la ilusión de que atraviesa el mar Rojo? Pues se mete usted en algún establecimiento á eso de las tres de la tarde y experimenta usted

las mismas angustias y ahogos que en ese *trayecto* marítimo. ¿Siente usted el bullir de la sangre? Pues en muchos sitios calma usted sus ardores con una riquísima horchata de veinte céntimos de harina y azúcar. ¿Le gusta que *haiga* brisa? Pues en la imperial de un tranvía que *suba* hacia el puerto hallará usted un vendaval. Eso sin contar los baños de mar, los merenderos de la Barceloneta, las noches de la Rambla, las tardes del Parque, los criaderos de moluscos junto á las cloacas, la frescura de *El Noticiero* y las torres de Montjuich para pasar las fiestas.

—Tiene usted razón—añade doña Reparada, dueña de un kiosco de refrescos con limpia botas—y si todos pensarán como vosotras algo mejor andaría el comercio de esta ciudad. Fuera de aquí

no hay más que suciedad y porquería. ¡Y qué aguas! Me acuerdo de un año que estuve en Balaguer con mi difunto y la teníamos que colar con una media para beberla. ¿Y los comestibles? Aquello es no poder vivir. ¿Una lechuga? Diez céntimos. ¿Una *virginia*? Quince. ¿Un pimiento? Veinte. Ni un solo día pude hacer chanfaina. ¡Y luego por aquellas fondas se hace cada porquería!... ¡Qué alcobas! ¡Lo que habrá allí, señora, lo que habrá allí!

—No me diga usted nada, que todavía no se me ha ido de la memoria la noche que pasamos en Montserrat el año pasado Ladislao y yo. ¿Cuántos chinches dirá usted que matamos?

—¿Qué sé yo! Lo menos veinte ó...

—¡Setenta y siete, señora! Y gordos como to-



Si es para Roma solución suprema = el terrible anatema, = para el Gobierno, de la misma suerte = es solución el húsar de la muerte.

cinos. ¡Y qué camas! Aquello son piedras. Los suelos tienen una costra de dos dedos y los mosquitos danzan á miles.

Además nos dieron unas sábanas... que daba grima verlas. Ladislao me decía que no tuviera aprensión.

—Sería de las picaduras de las chinches.

—¡Qué inocencia! Es que antes que nosotros habían estado unos recién casados, y como allí plegan las sábanas y las vuelven á endosar á otro...

—¡Qué porquería!

—No pude pegar un ojo en toda la noche y me puse á leer los letreros que había en las paredes; pero Ladislao no me dejó; hacían enrojecer á un guarda-cantón. Así es que nosotros todos los veranos aquí.

—Lo mismo que yo; que no me saquen de mi Barcelona.

Y yo opino con doña Reparada; porque ir en busca de lo desconocido es seguramente hallar lo malo.

FRAY GERUNDIO.



El discurso de Lerroux ha producido un delirante entusiasmo en mi vecino don Simplicio de la Colla.

—Es un hombre de gobierno —dice muy satisfecho—; su discurso ha puesto de relieve su gran inteligencia, su gran corazón, su gran amor á la justicia, su gran templanza.

—¡Hombre! ¡Hombre! ¡No corra usted tanto! ¿No sabe usted que mientras pronunciaba el discurso se obedecían sus órdenes de reproducir el último artículo dedicado á los jóvenes bárbaros?

—Eso demuestra la superioridad de Lerroux. Es un hombre con dos naturalezas.

—¿Una divina y otra humana?

—Una de revolucionario y otra de hombre de orden; es decir, una de emperador del Paralelo y otra de diputado formal y serio.

—Y usted, ¿cómo lo admira, en qué filas milita? ¿Es de los templados ó de los jóvenes bárbaros?

—¡Hombre! Joven ya no lo soy y bárbaro no quiero serlo; por más que me gusta aquello que dice de las vírgenes y de las madres.

¡Y! ¿Qué á no ser por la edad, mi vecino don Simplicio encontraría el de bárbaro un muy agradable oficio.

La Colla de la gana empieza á notar sed y trata de hacer un negocio de aguas potables.

Hay quien quiere adquirir fincas con agua... propia de la ciudad.

Y hay quien cuenta mentalmente las gotas de agua que le corresponden si se hace el negocio.

Para nosotros que la sed se ha despertado por los atracciones que se dieron con las pasadas fiestas.

Sabido es que el devorar abre una espantosa sed; antes comieron; ahora claro es que querrán beber.

En resumen: que la tripa su móvil primordial es.

Algunos curas miran de soslayo y como recelosos á cuantos hombres barbudos encuentran por la calle, lo que hace recordar el dicho del loco del cuento de Cervantes: ¡Guarda, que es podenco!

Tranquilícense los respetables tonsurados; el Gobierno vela por ellos, en tanto que ¡ingratos! buscan firmas y amenazan hasta á la lavandera con no darle la ropa sucia si no firma contra Canalejas, que está como el gitano del cuen-



EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Episodio del último debate

Al cabo de un rato Nazareno subió transtornado á cubrirta gritando:

—¡Gialluca se muere!

Bajaron los marineros y encontraron muerto ya al compañero, en mala postura, abiertos los ojos, tumefacta la cara, como estrangulado.

Talamonte mayor preguntó:

—¿Y ahora?

Cailláronse los demás, algo aturridos al ver el cadáver, y subieron otra vez á cubierta. Talamonte seguía preguntando:

—¿Y ahora?

Poco á poco oscurecía. Calmábase la atmósfera. Deshincháronse otra vez las velas y el barco quedó al paño. Se veía la isla de Solta. Juntos en la proa discutían los marineros el suceso. Todos estaban muy inquietos. Massacese, pálido y pensativo, dijo:

—¡A ver si creen ahora que lo hemos matado! ¡A ver si nos marcan!

Igual temor atormentaba á todos aquellos hombres, supersticiosos y desconfiados, que contestaron:

—Tienes razón.

Massacese interrogó:

—Bueno. ¿Y qué hacemos?

Talamonte el mayor dijo con lisura:

—¿Ha muerto, verdad? Pues echémoslo al mar. Dímoss que se nos ha perdido cuando la tormenta. Eso es lo mejor.

Aprobóse la proposición y, llamando á Nazareno, le dieron:

—¿Sabes? Tú cállate como un muerto.

Y con amenazador ademán le sellaron el secreto en el alma.

Bajaron luego para coger el cadáver, cuyas carnes exhalaban fétido hedor, y que á cada sacudida goteaba materia purulenta.

Massacese dijo:

—Metámoslo en un saco.

Cogieron un saco; pero como no había más que la mitad del cadáver ataron el saco por las rodillas dejando fuera las

tes las manos á lo largo del cuerpo, estaba hecho un idiota.

Cirú le hizo sentar, le quitó la venda y produjo con los labios un instintivo ruido que expresaba asco.

Inclináronse todos hacia la illaga, atentos, silenciosos.

Massacese dijo:

—Así y así.

E indicaba con la punta del cuchillo la manera de cortar.

De pronto, prorrumpió en llanto Gialluca. Sus sollozos le sacudían todo el cuerpo.

—¡Ánimo, ánimo!—repetían los compañeros, sujetándole los brazos.

Massacese empezó la operación: al primer contacto de la hoja, Gialluca exhaló un rugido; después apretó las mandíbulas y ya no se oyó más que un gruñido ahogado.

Cortaba lentamente Massacese, pero con mano firme, sacando la punta de la lengua fuera de la boca, como salía cuando quería hacer una cosa con cuidado. Pero el lugar se balanceaba terriblemente y la incisión se hacía con mucha regularidad. A veces entraba el cuchillo de más y á veces de menos. Un golpe de mar hizo clavar la hoja en la carne sana. Gialluca rugió otra vez y forcejó otra vez, cubierto de sangre, como un animal en poder de carniceros. No quería que continuara la operación.

—¡No, no, no!

—¡No te muevas, no te muevas!—gritaba Massacese por detrás, empuñado en acabar su obra, temiendo que el dejar la operación á medio hacer agravara el peligro.

El mar seguía agitado y rugía alrededor del barco, sin tregua. Nubes en forma de trombas subían por el horizonte á invadir el cielo, vacío de aves. Entre aquel estrépito, á aquella luz, extraña agitación se apoderaba de los marineros. En la lucha que sostenían para sujetar al herido, se sentían involuntariamente asaltados por la ira.

—¡No te muevas!

Massacese dió otros tres ó cuatro cortes, velozmente, al acaso. Sangre y materia blanqueza chorreaban de la herida. Todos estaban manchados, menos Nazareno, que estaba trémulo á proa, espantado por el atroz espectáculo.

Ferrante La Selvi observó que el barco peligrosaba y gritó a toda voz:

—¡Afloja la escotal ¡Vira en redondo!

Los dos Talamonte, Massacese y Cirí ejecutaron la maniobra. El barco siguió su marcha cabeceando. Divisábase Lissa á lo lejos. Largas rayas luminosas, que atrave aban las nubes, caían del sol hasta el agua y cambiaban según las vicistudes del cielo.

Ferrante siguió en la caña. Los otros volvieron junto á Gialluca. Había que limpiar las incisiones, quemar y poner bhis.

El operado hallábase en profunda postración. Parecía no entender nada. Miraba á sus compañeros con ojos apagados, turbios ya, como los de un animil moribundo. De cuando en cuando decía para sí:

—¡Estoy muerto, estoy muerto!

Cirí, con tosa estopa, procuraba limpiarle; pero como tenía la mano pesada, irritaba la herida. Para seguir hasta el fin el ejemplo del consabido cirujano, Massacese afilaba lentamente dos palitos. Los dos Talamonte se cuidaban de la brea, por ser brea lo que se había elegido para quemar la llaga. Pero no había medio de encender lumbré en la cubierta, inundada de agua á cada momento. Los dos Talamonte bajaron al entrepuente. Massacese dijo á Cirí:

—Lávalo con agua salada.

Cirí siguió el consejo. Gialluca se sometía á todo con un continuo quejido, castañeteándole los dientes. El cuello se le había puesto enorme, coloradísimo, casi morado en algunos sitios. Alrededor de los cortes se veían ya manchas oscuras. Costábale trabajo respirar y tragar y le atormentaba la sed.

—Encomiéndate á San Roque—le dijo Massacese, que había afilado los palos y esperaba la brea.

Impulsado el lugre por el viento desviaba hacia el Norte por la parte de Sebenico y perdía de vista la isla. Pero aunque el oleaje fuese fuerte aun, la borrasca estaba terminando. El sol brillaba en el cielo entre nubes de color de moho. Los dos Talamonte subieron una vásija con brea humeante.

Entonces, para renovar el voto hecho al santo, Gialluca se arrodilló. Todos hicieron la señal de la cruz.

—¡Sáivame, San Roque! Te prometo una lámpara de pla-

ta con aceite para todo el año y treinta libras de cirios. ¡Sáivame San Roque! ¡Tengo hijos y mujer! ¡Piedad, misericordia, buen San Roque!

Habíaba Gialluca con alterada voz y juntando las manos. Después se sentó y dijo sencillamente:

—Anda.

Massacese arrolló un poco de estopa alrededor de los pedazos de madera, los metió uno tras otro en la hirviente brea y troló con ellos la llaga. Para hacer más profundo y eficaz el canterio echó brea líquida en las heridas. Gialluca no exhaló un suspiro. Los otros se estremecían al ver aquel suplicio.

Desde su sitio decía Ferrante meneando la cabeza:

—Le habéis matado.

Bajaron á la cámara á Gialluca medio muerto y lo tendieron en una camita. Nazareno quedó cuidando al enfermo. Oíase sobre cubierta el grito gutural de Ferrante mandando las maniobras y los precipitados pasos de los marineros. La *Trinidad* viraba otra vez, crujendo. De pronto vió Nazareno que se había abierto una vía de agua y llamó. Bajaron tumultuosamente los marineros, gritando todos á un tiempo y trabajaron con ardor para tapar la grieta. Parecía que el barco zozobraba.

A pesar de su postración física y moral, Gialluca se incorporó, creyendo que se iban á pique, y se agarró desesperadamente á uno de los Talamontes, gimiendo como una mujer:

—¡No me abandonéis! ¡No me abandonéis!

Lo tranquilizaron y se volvió á echar. Entonces tuvo miedo; balbuceaba palabras sin sentido. Lloraba y no se quería morir. La creciente inflamación había invadido todo el cuello y la nuca, y como iba conquistando el tronco poco á poco la hinchazón, cada vez más enorme, Gialluca se ahogaba. Necesaba de abrir la boca para respirar el aire.

—¡Llévame arriba! Aquí me falta el aire y me muero..... Ferrante volvió á llamar á la tripulación. El lugre daba bordadas, tratando de seguir su camino, y las maniobras eran difíciles. Caña en mano, el patrón observaba el viento y daba las órdenes necesarias. Según se acercaba la noche apaciguábanse las olas.

to: que si robaba iba á presidio y si no robabase moría de hambre.

Es decir, que Canalejas tiene la muerte á la vista; si tropieza con la Iglesia se romperá hasta la crisma, y si tropezar no quiere ha de ser peor todavía; pues pase sin tropezar. ¿Cómo? ¡Salte por encima!

—¡Hola, Cándido!

—Adiós, Luis.

—¿Se pasea?

—Se pasea.

—Yo te creí en la montaña.

—Ningún año salgo fuera; no veraneo.

—Lo sé;

pero como por ahí rezan que os vais á lanzar al campo los de "Dios, Patria... y etc."

—Pudiera ser.

—¡Ya lo creo!

—¿Parece que te guaseas?

—¿Guasearme de vosotros?

¡Dios me libre de la ideal!

—Bueno, pues aunque te rías te he de decir que se acerca el momento en que nosotros mostremos nuestra entereza.

—Si todos sois tan enteros como don Pelmacio Iglesias, que la *trágica semana* no osó sacar la cabeza del *water-clos* de su casa...

—¡Porque tenía diarreas!

Pero ahora ya verás...

Si me haces la promesa de conservar el secreto vas á saber cosas buenas.

—Seré un sepulcro cerrado.

—Bueno; pues mira, Lacierva de acuerdo está con nosotros; y él dirigirá las fuerzas que maniobren en Murcia y en el reino de Valencia.

Tenemos cincuenta obispos que predicarán la guerra *santísima* á sus diocesanos; ciento veinticuatro iglesias se convertirán en fuertes, en soberbias fortalezas.

Tenemos en los conventos artillería ligera, fusiles mauser, cartuchos y otros pertrechos de guerra.

—¡Y un jamón!

—Y si te añado que ya están en pie de guerra los nuestros, ¿qué me dirías?

—Hombre, que tal vez te crea.

—Seminaristas y fieles con curas á la cabeza compondrán la infantería; de las fuerzas de Lacierva los frailes serán lanceros, las monjitas artilleras...

—Ahora eres tú, Candidito, el que de mí te guaseas.

—No hay tal guasa. En los conventos

ya hace meses que se adiestran en el manejo del arma y en simulacros de guerra.

—Pero las monjas...

—Hay monjas



El mundo se desquicia y se desploma por la falta de fe, y lo que teme Roma es lo que ve detrás de don José.

que por la santa obediencia al confesor, servirán perfectamente en la guerra. Algunas tienen un ojo... Y ya manejan las piezas de los frailes que es un gusto. ¡Serán buenas artilleras!

¿Qué te parece?

—Que así la victoria será vuestra. Pero si os echáis al campo llevad en las cartucheras astringentes, no os ocurra lo que en Julio ocurrió á Iglesias.



QUEBRADEROS DE CABEZAS

Rompecabezas con premio de libros



Una vieja y cuatro individuos que se hallaban en unión de estos jóvenes han desaparecido de súbito, dejándolas sumamente sorprendidas. ¿Dónde están?

CHARADA RÁPIDA

De Adolfo Biedma

Tercia prima, animal; segunda cuarta, animal acuático. Todo, en el desierto.

SOLUCIONES

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 9 de Julio.)

AL LOGOGRIFO NUMÉRICO

Petronila

AL ROMBO

Aspid

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Uno de los caballeros perseguidores de las bellezas aparece por encima de las flores del sombrero de la primera joven de la izquierda, otro en el cips del centro, otro entre la segunda y tercera joven y otro, finalmente, en el bolso de la joven.

Su mamá está entre la joven de la derecha y la del centro.

A LA CHARADA

Espera

AL JEROGLIFICO COMPRIMIDO

Paraguas

AL INTRÍNGULIS

Am A lia
Al D ana
Ar E nas
Ba L mes
Be A tas

AL CUADRADO NUMÉRICO

R O S A
O S A R
S A R A
A R A R

AL TERCIO DE SÍLABAS

CA NA RIO
NA VA JA
RIO JA NO

Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con premio de libros: Teresa Raynaud, Matilde Alvarez Rodriguez, Delfin de la Torre, Gregorio Arruga, Antonio Gilabert, Lorenzo Budchose, Alfred Kislas (Berlin), José Pardo, Angel Monmaneu, José Cortado Aparicio, Francisco de A. Batalla, Jaime Sala y Ginestá, Juanito Rius, Jaime Tolrá, Jaime Caritg, Facundo Casanovas Bosch, Jaime Baxa Casanova, José Viñas, R. Grau y José González.

Al rombo: María Bielsa, Delfin de la Torre y Juan Sistachs.

Al logogrifo numérico: Adolfo Biedma, Jaime Tolrá, Jaime Baxa, José Viñas, Delfin de la Torre y E. Arruga.

A la charada: Jaime Tolrá, Jaime Baxa, José Viñas, E. Arruga y Pedro Torrens.

Al jerooglífico comprimido: Adolfo Biedma, Jaime Tolrá, Jaime Baxa, José Viñas, Gregorio Arruga y Juan Sistachs.

Al intríngulis: Delfin de la Torre, José González, Gregorio Arruga y Pedro Torrens.

Al cuadrado numérico: José González, Pedro Mas Cuquet (Premiá de Mar), Alfred Kislas, Adolfo Biedma, Jaime Tolrá, Jaime Baxa, José Viñas y Delfin de la Torre.

POLVOS "Casadesús" ESTOMACIALES

PREPARADOS POR EL

D. MODESTO CUXART

CURACION RADICAL DE LAS ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

PRECIO 150 PTC.

ARCO DEL TEATRO DE BARCELONA

EL TORMENTO

EN LOS

CONVENTOS

POR

FRAY GERUNDIO

Un tomo de 220 páginas, 1 peseta. Se vende en el kiosco Blanco y Negro, Rambla de las Flores, frente a la calle Hospital. Por 1'25 se remite certificado a provincias.

PÍDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS

UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

ROP XARRIE

ESPECÍFICO SIN RIVAL

para la curación radical de los

HERPES

tanto los **internos** como los **externos** ó de la piel, por graves y crónicos que sean, sin debilitar al enfermo.

40 AÑOS DE ÉXITO, 40

De venta en todas las bien surtidas farmacias y grandes droguerías de España y Ultramar.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES



MAGNESIA

DE BISHOP

HERPÉTICOS Tened la seguridad de curar vuestras dolencias, tanto internas como de la piel, por graves y crónicas que sean, si nos consultáis y usáis nuestro tratamiento exclusivo

40 AÑOS DE ÉXITO, 40

TUBERCULOSOS CATARROS BRONQUIALES - ANÉMICOS **NEURASTÉNICOS**

Los desahuciados no desesperéis de vuestro alivio hasta haber probado nuestro tratamiento especial y exclusivo

CURARÉIS SI NOS CONSULTÁIS Á TIEMPO

VÍAS URINARIAS • Debilidad genésica, enfermedades sexuales, post-amales. (Curación rápida, segura y definitiva.)

Clínica C. CROUS Director propietario **Dr. Casasa Crous**

En breve, inauguración de modernos aparatos de electroterapia, fototerapia, sismoterapia é inhalaciones.

Dosimetría gratis en las horas de consulta especial: mañana, de 11 á 2, y tarde, de 6 á 7. Consulta clínica de 8 á 10 noche, todos los días laborables.

CARMEN, 56, pral., BARCELONA

